

cuarto trasero. El *dawn*, ó caballo de Burchell, sólo en las piernas carece de esas rayas. Su color es tanto más intenso cuanto más abundan las mismas rayas, mostrándose en la cebra más oscuro, y destacándose más del fondo y menos pronunciadas en el *cuagga*. Si admitimos, pues, que los caballos tigres provienen de los caballos no atigrados asiáticos, el *cuagga*, el *dawn* y la cebra nos ofrecen su desarrollo progresivo.

Las cebras más conocidas son naturalmente las de llanura, mientras que las cebras de la montaña, á causa de los inaccesibles lugares que frecuentan, de su índole asustadiza y selvática y de su extraordinaria ligereza, son más difíciles de cazar. Tienen, sin embargo, el carácter de todos los solípedos del monte, así en cuanto á sus cualidades físicas como en cuanto á las del instinto. Se diferencian del caballo de llanura, como el antílope de montaña (gamuza, saltador de peñascos y goral) de la del llano. Los solípedos, no obstante, tienen algo propio y peculiar suyo, como el buscar, por ejemplo, su unión con especies análogas, pero no con otros animales, y en particular con los rebaños domésticos. El terreno en que vive la cebra de la montaña, la libra de sorpresas repentinas; y robustece de tal modo sus medios de locomoción, excelentes en todos los solípedos, que escapa irremisiblemente á todo cuadrúpedo carnívoro si llega á verlo á tiempo. Disfruta, además, como animal de monte, de la incalculable ventaja de que le bastan unos cuantos saltos para ocultarse de sus perseguidores, lo cual es mucho más difícil á los animales que vagan ó habitan en la llanura.

Los cuadrúpedos de llano son, en general, más tímidos y más sociales. Forman grandes piaras unos y otros, y se juntan de buen grado con diversos animales. Así se observa particularmente en los caballos tigres de las estepas. Se les ve á menudo unidos á otros cuadrúpedos, sobre todo á una especie de antílopes, también algo semejantes al caballo, llamados *gnus*; pero de modo que el *cuagga* se junta siempre con el *gnu* sin rayas, ó *wildebeest* de los colonos, y el *dawn* con el de rayas ó *corun*, *bastardwildebeest*.

Sus hábitos son los de todos los caballos salvajes. Forman piaras con muchos caballos padres; esto es: compuestas de familias, á cuya cabeza hay siempre uno de esos caballos padres. Las piaras, como es de presumir, son menos numerosas en los de montaña, al paso que los de llano, en los distritos de escasa población humana, se reúnen á veces por centenares, mezclados con *gnus*, avestruces, cabrones saltadores, y antílopes de varias especies ó de una sola. En las regio-

nes habitadas por el *dawn* y el *cuagga* se mantienen alejadas, como he dicho, unas de otras. Son cuadrúpedos muy asustadizos y muy ligeros en la carrera, que han opuesto hasta ahora una resistencia invencible á la doma, por cuya razón sólo por matarlos se cazan. Yo no dudo, sin embargo, que á fuerza de constancia y de energía se conviertan al cabo en animales domésticos.

La cebra es un animal muy codiciado por su rico y hermoso pelaje; así es que no debe sorprendernos y admirarnos que sea perseguida con ardor. Las colonias del Cabo cazan al *cuagga* y al *dawn*; los abisinios á este último y á la cebra de las montañas. Los europeos y americanos del norte, y pocos indígenas, usan el fusil para la caza de la cebra, y los del país la jabalina. Se cazan también las cebras por medio de artificios, principalmente abriendo fosos.

## III

La caza del caballo salvaje no deja de ofrecer interés.

Los tártaros y cosacos cazan el caballo salvaje llamado *tarpan*, originario de las comarcas situadas entre el mar Aral y la vertiente sud de las montañas del Asia superior. Estos caballos abundan en las estepas de la Mongolia, en el Gobi, en los bosques de la corriente alta del Hoang-ho y en las montañas del norte de la India.

Los caballos *tarpan*s se reúnen á centenares y galopan en las vastas estepas, generalmente en dirección contraria al viento. Cuando cae copiosamente la nieve se dirigen los *tarpan*s á la montaña y á los bosques.

El oso puede luchar con el *tarpan*, pero el lobo huye.

¡Cosa rara! Cuando los caballos salvajes hallan algún vehículo tirado por caballos domados, se ponen á su lado, relinchan, corren, hasta que, desbocados, corren vertiginosamente. Desdichados los viajeros que se hallan dentro del vehículo, pues los *tarpan*s todo lo destrozan, hasta que han restituido la libertad á sus antiguos compañeros.

Los mogoles cazan á los *tarpan*s, procurando dar muerte al jefe, ocurriendo entonces la más espantosa confusión.

Los caballos tártaros de las estepas asiáticas, de pura sangre, y que sirven para la guerra, la caza y usos domésticos, son cazados por medio del lazo.

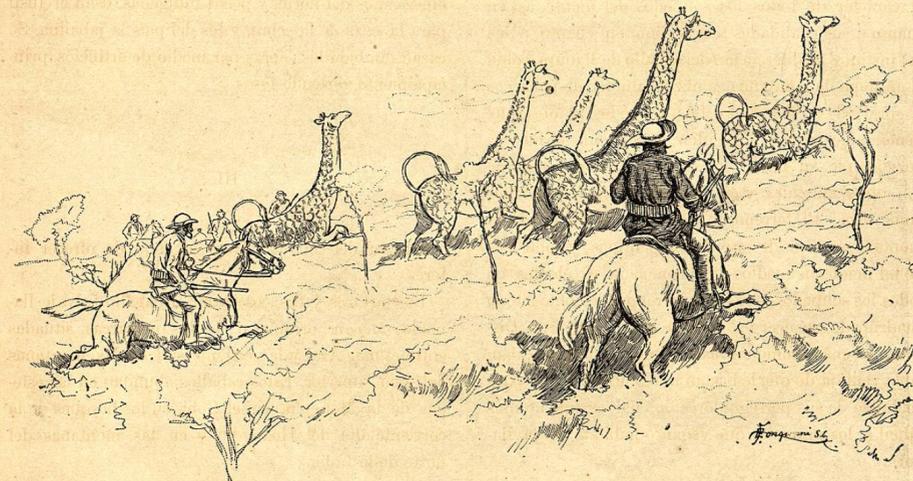
El caballo salvaje de Africa, el *kumrah*, vaga á orillas del Níger. Es muy tímido y fácilmente cazado y domado.

## IV

La caza de los caballos salvajes de América ofrece grande interés; y, antes que modernos y famosos narradores hubiesen trazado con pinceladas maestras el retrato del *gaucho* y las escenas de la caza de los caba-

llos *cimarrones*, Azara, Guinnard y Reugger nos habían proporcionado detalles de subido interés.

«D. Pedro de Mendoza,—dice Azara,—fundó, en 1535, la ciudad de Buenos Aires. La ciudad fué, más tarde, abandonada. Sus habitantes, al dejarla, no se tomaron el trabajo de llevarse todos sus caballos. Quedáronse allí, pues, seis ó siete entregados á sí mismos. Cuando en el año de 1580 se reconstruyó y pobló de nuevo la ciudad, había ya muchedumbre de caballos salvajes, descendientes de los pocos que se abandonaron. En el año de 1596 se permitió á cada cual el



Batida á las jirafas (apunte del natural por J. Luis Pellicer)

apoderarse de ellos y emplearlos en su servicio. Hé aquí el origen de las innumerables piaras de caballos que se encuentran al sud del Río de la Plata. Para comprender cuál ha sido su fecundidad, baste decir que se han visto algunas manadas que ascienden, según cálculo, hasta doce mil caballos. Este número prodigioso de tales cuadrúpedos en la América del Sud nos prueba también elocuentemente que motivos al parecer baladíes se oponen á veces á la propagación de una especie zoológica determinada. En el Paraguay no existen caballos salvajes, según presume el viajero Renggen, á causa de una mosca que falta en las Pampas de Buenos Aires y que habita en el Paraguay, la cual deposita sus huevos en el ombligo sanguinolento de los potrillos recién nacidos, produciéndoles por in-

flamación la muerte los gusanos que de ellos nacen<sup>(1)</sup>.

Los cimarrones son fornidos, pero más bellos que los caballos domésticos europeos; tienen la cabeza y las piernas más gruesas; el cuello y las orejas más largas.

Los caballos salvajes de la América del Sud habitan en las Pampas.

La manera de cazar los cimarrones, es ya harto conocida. El cazador, que forzosamente ha de ser un excelente jinete, persigue á una piara de caballos, escoge de ella el que le place y lánzale bolas, de suerte que se enreden las piernas del bruto, hasta hacerle caer.

(1) AZARA: *Ensayo sobre la Historia de los cuadrúpedos del Paraguay*.

Los colonos cazan también á los caballos salvajes, matándoles á golpes de lanza, y haciéndoles una guerra de destrucción y sin cuartel.

Uno de mis mayores placeres es cazar á caballo. Una vez conocido y dominado el bruto, forma con el jinete un todo compacto. El hombre se trasforma en un ser más perfecto, que corre, vuela, y devora el espacio. Los enemigos del desierto, no son enemigos tan



Manada de cebras

El Sol brillaba espléndido, en un cielo sin nubes, con sus fulgores; una ribera sin igual. El tapiz de verdura que alfombraba el suelo, quemado por el Sol, y polvoriento, ofrece á la vista un espectáculo grandioso y desolador.

Quando el viento agita el dorado polvo, se forman verdaderas trombas, con siniestros ruidos que estremecen al más valiente.

En esta naturaleza seca, ardiente, en que el agua desaparece y la vegetación se agosta, manadas de caballos y bueyes suelen á veces correr desalados con el cuello tendido en dirección contraria al viento, aspirando con fuerza las brisas.

temibles y disminuyen los peligros. Razón, pues, tienen los habitantes del Paraguay cuando exclaman: «¡Qué sería del hombre sin el caballo!»

El lugar de la escena es un cuadro digno, no de la pluma, sino del pípcel de afamado artista.

Montado en un excelente animal, y en compañía de numerosos cazadores, asistí en el Paraguay á una hermosa montería de caballos salvajes.

Un día de agosto, en una tierra casi árida y seca, bien provistos de agua y de aguardiente, amén de otros viveres, descubrimos una manada de caballos que galopaban desasosegados é intranquilos.

Tres *gauchos*, excelentes tiradores de *lazos* y *bolas*, se separaron del grupo, adelantándose algunos metros.

Los *gauchos*, gente rústica, miserable, que viven en los campos y en contacto con la naturaleza, son indispensables al europeo y americano en estas partidas de caza. Son, además de criados asalariados, cazadores expertos. El problema grave para el cazador es evitar la gente ruin.

Los *gauchos* separaron de la manada tres hermosos caballos, que relincharon con estrépito. Sus ojos estaban inyectados en sangre.

Los *gauchos* cortaron la retirada á los tres nobles brutos.

Uno de los nuestros, que no era la vez primera que manejaba las *bolas*, disparó la correa, enredando las piernas delanteras de uno de los caballos.

Otros dos cazadores aprisionaron á los dos caballos.

Los *gauchos* bajaron rápidamente de caballo y ataron fuertemente á los pobres animales salvajes.

Entretanto el resto de la piara continuaba galopando y alejándose.

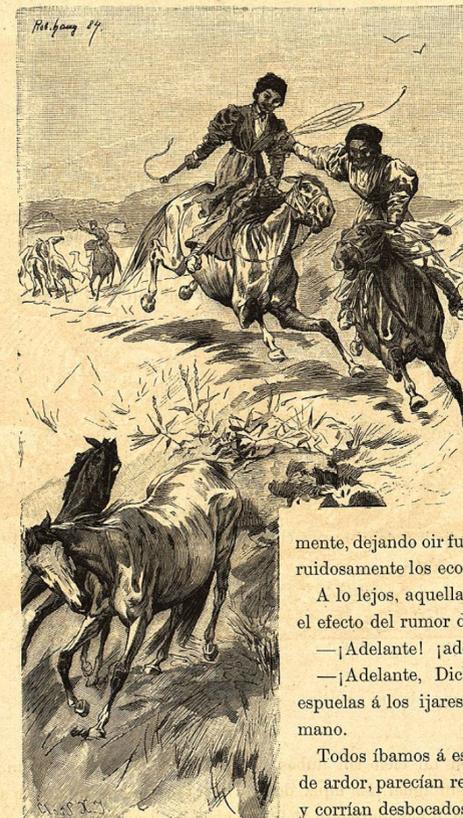
Por lo que toca á mí, embebido en la contemplación de la caza, casi cegados los ojos por el polvo, quedéme con el artificio entre las manos, pero con una impresión rara y extraña, que con mi tosca pluma no acierto á comunicar á mis lectores.

La caza de los caballos salvajes de la América del sud suele ofrecer variadas peripecias y emociones al viajero.

El lugar de la escena donde se realizan las verdaderas monterías de los caballos hállase lejos de poblado, y son protagonistas hombres rudos, semi-salvajes; hombres, por lo general, de mala ralea. Son tan diestros en arrojar el lazo y esgrimir el cuchillo, que la vida del viajero puede, en muchas ocasiones, hallarse seriamente amenazada.

En una de las cacerías estuve á punto de ser víctima de un *gaucho*, hombre de mirada siniestra y desalmado.

Habíamos ajustado, Dick y yo, á cuatro *gauchos*, que junto con nuestros dos criados formábamos una pequeña caravana.



Montería de caballos salvajes

Harto práctico y previsor, ajusté á los *gauchos* por seis días á razón de 8 onzas en oro español.

Habíamos partido de Rosario en dirección á las estepas, bien armados y pertrechados de toda suerte de municiones de boca y guerra.

El viaje fué espléndido, y por doquier Dick y yo nos extasiábamos contemplando las maravillas de aquella naturaleza y los variados matices que ofrece la vegetación rizada por la brisa y herida por los rayos del Sol.

Llegamos sin tropiezos al lugar de las cacerías, vastas y monótonas llanuras donde brotan las yerbas que pacen en libertad piaras de caballos y bueyes.

Tras breve descanso, empezó la montería. Los *gauchos* nos guiaron, dando voces y haciendo útiles advertencias.

Una piara de treinta caballos galopaba velozmente, dejando oír fuertes relinchos, que repercutían ruidosamente los ecos.

A lo lejos, aquella manada de caballos, producía el efecto del rumor del trueno.

—¡Adelante! ¡adelante!—gritaron los *gauchos*.

—¡Adelante, Dick!—repetí yo, apretando las espuelas á los ijares de mi caballo, y aflojando la mano.

Todos íbamos á escape. Nuestros caballos, llenos de ardor, parecían recobrar su primitiva naturaleza, y corrían desbocados por la llanura.

Los *gauchos* más ligeros tomaron la delantera.

La piara de caballos seguía galopando y huyendo llena de terror.

Uno de los *gauchos* llegó, al fin, á poca distancia de la retaguardia de la manada. Lanzó un grito gutural, y disparó la larga y flexible correa rematada por bolas.

El caballo aprisionado dobló los jarretes y cayó arrastrado por el *gaucho*, que siguió galopando breve trecho aún.

Dick quiso parar su caballo; pero, furioso el bruto y enardecido por la carrera, siguió corriendo y dando violentos saltos, disparando, al fin, de la silla, á mi